

Número 15

Año I

El Album

DE MADRID
Semanario ilustrado

REDAGGIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17, MADRID

21-JULIO-1899

15 céntimos

Biblioteca Regional de Madrid





EL ALBUM DE MADRID

21 DE JULIO DE 1899

CRÓNICA

Estamos en plena canícula.

El calor es asfixiante y se deja sentir más, por envolvernos á la vez una atmósfera de polvo gracias á la negligencia del señor Marqués de Aguilar de Campó, que al recibir el oficio de la Dirección del Canal participándole la suspensión del suministro de agua destinada á los servicios municipales, no dispuso inmediatamente habilitar para el riego los antiguos viajes.

Hay horas en que el tránsito público por algunos puntos de Madrid, se hace imposible y los transeuntes se ahogan.

Tenemos unas autoridades que dan la hora, ya que los cuartos no es posible. Lo único que les preocupa es la política.

Les importa un rábano que se sucedan las intoxicaciones á causa de la adulteración de alimentos, que esté en puertas otra subida de pan, que la mayoría de las habitaciones de las casas de Madrid no reúnan las condiciones higiénicas precisas, que los carruajes atropellan á la humanidad que se ponga á su paso y que las empresas de tranvías, riperts, omnibus, etc., conduzcan á los viajeros hacinados como sardinas en banasta.

Verdad es que nosotros nos preocupamos también poco de lo que nos rodea, mientras haya abiertos cafés en que matar el tiempo, horchaterías en que nos sirvan incitantes camareras, tabernáculos en que se beba agua vinada, y amplias aceras en la Puerta del Sol para gobernar á España y trinar contra todo.

Si es cierto que cada pueblo tiene el Gobierno que merece, cierto es también que en Madrid tenemos las autoridades adecuadas á nuestra manera de ser.

**

Los teatros en estos días nos han ofrecido algunas novedades. En Eldorado se estrenó el jueves último la obra de Sánchez Pastor, con música de Valverde y Torregrosa, titulada *Los Flamencos*, que es una sátira contra la flamenquería, que no logró el éxito que su pensamiento merecía.

En Maravillas nos han largado *Los presupuestos de Villapierde*, obra cuyo desarrollo es lánguido y en la que abundan chistes gruesos... y alusiones políticas para todos los gustos.

Los circos, se valen de las pantomimas para atraer al público, y en el de Parish dan á diario *Los caballos nadadores* y en Colón *Aladino ó la lámpara maravillosa*: en la que toman parte 160 niños, y en la que no falta su poquito de magia y su correspondientes maniobras y desfiles militares.

**

Nos amenaza para el 1.º de Agosto, una huelga de farmacéuticos civiles. De modo que el que el haya de ponerse enfermo, ha de procurar hacerlo antes de esa fecha, por que después de ella, ni agua de Loeches podrá tomar el que se indisponga.

Aquí está visto, todo el mundo conspira contra los pacíficos habitantes. Un día se anuncia el cierre de una clase de establecimientos, otro el de otra y todos los días el de la subida de precios en los alimentos de primera necesidad. Pero esto tendrá fin... ya lo creo que lo tendrá en cuanto tomemos una determinación radical ó se resuelva el problema de vivir sin comer.

En la semana no han faltado riñas más ó menos sangrientas, apaleamientos, atropellos, robos é incendios, aunque sin llegar unos ni otros á la categoría de los que absorben por algunas horas la atención pública.

Bien es verdad que hoy lo absorbe todo la fórmula política, que no se encuentra ó no se quiere dar con ella para resolver el problema económico ó los preparativos de la maleta para pasar los meses de Agosto y Septiembre, lejos muy lejos ó cerca muy cerca de esta coronada villa.

LEOPOLDO VÁZQUEZ.



PENELOPE

¿Que á Juan por Pedro abandonó tu afán?
 La historia es vieja. Llegarás á ver
 que hastiándote de Pedro, vendrá á ser
 luego Francisco, vengador de Juan.
 En amor unos vienen y otros van;
 hoy olvidamos lo querido ayer...
 ¡*Todo está en todo!* Y hallarás placer
 hasta en las penas que los celos dan.
 En el flujo y reflujo del amor
 podemos, niña hermosa, convenir
 que pasa y vuelve todo á su labor:
 La ola, á la playa; el astro, á su nadir...
 ¡La mariposa, volverá á la flor!..
 ¡Tejer y destejer! Eso es vivir

ESPERANDO

La inquietud me despierta. ¡Ya es de día!
 ¡Entre sueños le ví! ¡Cuánta quimera!
 Si ayer llegó, su ocupación primera
 sería escribirme ¡Claro! Llegaría.
 Las doce, y nada ¡Nadie todavía!..
 Lllaman. ¿Será su carta? ¡Dios lo quiera!
 ¡El sastre de papá! Me desespera...
 Vuelve á sonar el timbre. ¡Qué alegría!
 Sin duda, algo ocurrió cuando no escribe.
 ¿Qué causa en ese pueblo le retiene?
 ¡Ya la tarde pasó! Llegará ahora
 ¡Sin sus noticias ¡ay! qué mal se vive!
 Vendrá esta noche, al fin... ¿Y si no viene?..

 ¡Y así otra vez, la sorprendió la aurora!

J. JURADO DE LA PARRA.



EMILIA V. GARCIA



CARTAS DE MUJERES

Y A sabía yo que Madrid había de gustarte. Es muy precioso aquello. Tonta me quedé en verlo cuando estuve allá con tu padre. Entonces tú no habías nacido; que si supiera yo que un hijo mío tendría que ir á Madrid por fuerza, no me hubiese gustado tanto.

Ahora no sé qué me da de pensar que te tienen ahí solo, sin una persona que mire por tí y con el rigor del servicio, que no sé hacer otra cosa más que pedir á Dios que nos saque adelante con tantos trabajos. En fin, tú dices que estás contento, y aunque yo creo que lo dices para que no me aflija, algo me consuela. D. Cipriano dice que no nos apuremos, que ahora no es como en otros tiempos, lo de servir al rey; que la milicia es ya otra cosa, y á poco que te espabiles y la tomes el aire, estarás muy ricamente. Así Dios y la Virgen Santísima lo hagan: que es muy duro criar á un hijo y que, á lo mejor, cuando empieza á valernos, se lo quiten á una y se lo lleven á pasar trabajos. Por aquí, ¿cómo quieres que estemos? Sin saber lo que nos pasa desde que te fuiste. Tu padre no dice nada, pero yo le conozco y por dentro se roe y se concome, que tengo miedo que ha de caer malo. Las chicas también andan suspirando todo el día y sin poder pasar locoado. que hay día que nos levantamos de la mesa sin probar la comida. Sin decirnos palabra, empezamos todos á mirar á tu sitio, y á mirarnos unos á otros, y uno que hace un puchero, á otro que se le caen las lágrimas: te digo que hacemos un cuadro... Mira tú, yo soy la más fuerte y tengo que regañarlos á todos. Tu padre ha prometido á las chicas, si tenemos buen año, llevarlas á Madrid para la Noche Buena y allá iremos todos, si Dios quiere, y te veremos de militar, que te caerá muy bien, porque tienes presencia para ello. Hijo; que cumplas bien y no tengan que castigarte y ten paciencia, que una hora de mal camino pronto se anda. Muchos alrazos de tu padre y de tus hermanas; espresiones de toda la familia y de todo el pueblo, que todos se acuerdan y nos preguntan si sabemos de tí, y tú recibe el corazón de tu madre que mucho te quiere y lo es...

P. D. Escribe pronto y di cómo estás y si has visto al rey y á la reina y lo que más te gusta de Madrid, y consérvate bueno, que tú si que eres el rey de tu casa y de tu madre, ¡hijo de mis entrañas!

JACINTO BENAVENTE.



EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA

MURMURACIÓN

Saloncillo en un teatro; sillones enrededor de la habitación, chimenea; en la pared cuadros con retratos al óleo de los principales dramaturgos. Es de noche. Se estrena un drama.

Personajes: Don Lucas, Carlos, López y Luis. Varios autores que no hablan y que casi no escriben.

Carlos, primer actor de la compañía, hombre fino, simpático y casi la parte más sana de la reunión.

Don Lucas; autor insigne, dramaturgo muy celebrado, no habla, falla.

López; gran agradador de todos los Segismundos, servil hasta la exageración, se cree autor de talla.

Luis; autor de la obra que se estrena, juega su porvenir, cree en aquellos señores y es víctima de su error.

El coro de autores, calla atormentado por el recuerdo de sus malas obras.

Don LUCAS.—Sí, joven, el público es un niño, al que se engaña con un juguete cualquiera; en viendo oropeles, frases de efecto, pasiones y mucha psicología, se entrega, créame usted.

Luis.—¡Ay D. Lucas! Este segundo acto no ha causado el efecto que yo esperaba.

—Don LUCAS.—Usted tiene la culpa ¿a quién se le ocurre que la dama *tire* por enmedio de la calle y declare su pasión por este, por Carlos.

Luis.—Usted perdona, eso se ve todos los días.

Don LUCAS.—Pues medradros estaríamos si escribiéramos lo vulgar, lo conocido. Ya no habría teatro, lo sería cualquier plaza pública. No joven no, hay que crear ¿Usted me entiende?

Luis.—Sí, Don Lucas, pero la verdad...

Don LUCAS.—Vuelta á lo mismo. Creo no me negará que mis obras han gustado

Luis.—Son el orgullo de la dramática española.

Don LUCAS.—¡Pés tal creo! Pues bien, ¿a que no ha conocido usted en la vida real á uno de mis personajes?

Luis.—Es verdad, sus obras son un portento de imaginación.

Carlos.—Y con mucha fuerza creadora...

Lopez.—Eso, mucha fuerza.

Don LUCAS.—Además, las frases corrientes y el lenguaje común no gustan. Oír hablar á la primera dama, como lo hace nuestra propia mujer, molesta, nos *vulgariza* y permítaseme adjetivar.

Lopez.—¡Oh, Don Lucas! A usted se le permite todo.

Carlos.—Tiene razón Don Lucas, los personajes del teatro deben siempre recordar los de Lope y Calderón.

Luis.—Yo creo que la sociedad ha progresado...

Lopez.—En el teatro nó.

Luis.—Y fué modernamente...

Don LUCAS.—¡Horror! Desterrada esa palabra de modernismo. No profanemos la memoria de los ilustres muertos que nos están escuchando.

Carlos.—¿Los muertos?

Don LUCAS.—Sus retratos. ¡El modernismo! palabra hueca, dentro de la cual se esconde todo lo raro, todo lo exótico; hoy se confunde *eso* con la falta de inspiración.

Luis.—Yo no soy sospechoso.

Don LUCAS.—Afortunadamente, usted sigue nuestros pasos, bebe en nuestras fuentes, no es de la turba de iconoclastas.

Luis.—Yo respeto siempre las reputaciones adquiridas.

Lopez.—Legítimamente, sí, señor.

Don LUCAS.—No busca usted en el escándalo fama, tira por otro senderos.

Luis.—Sí, cada uno *tira* por donde puede.

Don LUCAS.—Vea usted á esos chicos modernistas, que tratan de destruir nuestra obra.

LOPEZ.—No Don Lucas, no derribarán lo que está sólidamente
construído.

CARLOS.—Como no fuera creando ellos algo nuevo.

DON LUCAS.—¿Crear? sí, sí.

LOPEZ.—Se limitan con censurar.

CARLOS.—Y no repararán que ellos tienen el tejado de vidrio.

LOPEZ.—No tienen tejado siquiera.

DON LUCAS.—Vean ustedes sus obras.

LOPEZ.—Son semilleros de chismes.

DON LUCAS.—Frasecillas del arroyo.

LOPEZ.—Nada, chismes de vecindad, son las porteras de la lite-
ratura.

DON LUCAS.—Bien, jóvenes, bien, les veo por buen camino.

LOPEZ.—Somos fieles guardadores de esta casa y censuramos á
quien se ha atrevido con ella.

DON LUCAS.—No pasen ustedes cuidado, bien guardada está y
sus tradiciones son respetables.

LUIS.—Dígame, Don Lucas. ¿Usted cree que el final del tercer
acto convencerá al público?

DON LUCAS.—Según; usted ha prescindido de la forma para
ir derecho al fondo y eso es malo.

Menudencias

Dice un popular escritor en uno de sus
últimos artículos, «vivía en una ciudad de
Andalucía,» y cuatro líneas después añade:
«sucedió esto en una ciudad del Mediodía.»
¡Recontra! ¿que quería el chispeante
«roniqueur» que siendo la ciudad de Anda-
lucía, estuviera al Norte?

¿Sabe Vd. D. Andrés donde pienso ve-
ranean este año?

—En San Sebastián.

¡Cál en otro punto más fresco; en el Con-
greso. ¿No vé Vd. que Silvela y Romero
Robledo, se han pasado cerca de un mes
diciéndose frescos? ¡Calcule Vd. cómo ha-
brá quedado aquello!

—Me han dicho que son muchos los polí-
ticos que durante la época del calor acepta-
rán la jefatura de Pi y Margall.

LUIS.—He procurado que el asunto apareciera claro y resplan-
deciente.

DON LUCAS.—Bueno es lo bueno, pero no tanto; es preciso que
ese fondo se presente revestido de imágenes y símiles y si no, ¿á
que no habla usted del mar, cuyas olas se semejan á lo que usted
quiera?

LUIS.—No, señor.

DON LUCAS.—Ve usted ¿Ni del humo de la locomotora, ese pe-
nacho gigantesco?

LUIS.—Tampoco.

DON LUCAS.—¡Desdichado! Nada de las olas ni de penacho ¿y
quiere usted triunfar? Carencia de simbolismos, todo realidad.
¡Horror!

LUIS.—Don Lucas, usted me desanima.

(Timbre.)

LOPEZ.—Señores, va á empezar.

LUIS.—¡Dios mío!

DON LUCAS.—Daría cualquier cosa porque viera usted que ten-
go razón.

LUIS.—¡No por Dios! La daría yo por no haber escrito el drama.

AGUSTIN R. BONNAT

¿Hombre, por qué?

—No vé Vd. que de él dicen que es el
hombre de hielo. Le parece á Vd. poca
ganga tener un jefe así?

—¡Ah! pues en e-e caso, ya sé como se
debiera llamar el partido.

—¿Cómo?

—El de la horchata.

MISS D'ALENCON





MARIA GALAN

La memoria de Sofía.

Desde que una mañana había visto, al asomarse á la ventana de su boardilla, como empezaban á poblarse de hojas los chopos del jardín de un banquero vecino, Sofía había empezado á sentir una necesidad nueva: la de pasear bajo sombríos árboles, la de sentarse á la orilla de un río, la de recorrer en elegante carruaje un país bonito, parecido al de un abanico que tuvo en su niñez y de que ya no le quedaba más que el varillaje. Cierta día, en la calle Mayor, cuando entraba en la fábrica de agremanes y trencillas de que era operaria, vió pasar al galope de dos caballos alazanes, un coche de campo, dentro del que iban dos damas, vestidas de claras telas, con sombrerillos de paja. Todo el coche estaba lleno de flores que rodeaban á las damas de nute multicolor y aromosa. Guiaba el carruaje un caballero rubio, de lacias pañillas y demacrado semblante, y la debilidad é insignificancia de su persona resaltaba mucho más al lado del lacayo, obeso, recio, hermosote, rubicundo, dotado de una musculatura que estallaba bajo el paño azul de la levita y el *leguis* constelados de botones dorados. Aquel tren que parecía un símbolo de la primavera cortesana, pasó rápidamente, y Sofía... ¡Pobre Sofía!.. Ocho horas se pasó en el taller retorciendo entre sus deditos afilados y tornátiles un nervio de torzal hasta convertirle en cable brillante y reluciente; después le dobló formando *eses*, arcos, lazos, festones, grecas y cuando se agotaron la inventiva y la fuerza de la artifice lo colocó en un cartón azul dejándolo ya en disposición de ser vendido...

Quien lo comprase ignoró, siempre que entre aquellas hebras de seda iban retorcidos sueños, impaciencias, pudores recién despertados, un sueño idílico, visiones de árboles y fuentes, perspectivas campestres y hasta unos bigotes negros que Sofía había descubierto una noche al volver del taller... bigotes de puntas enaracadas, á lo *walona*, que se habían acercado á ella para decirle al oído una frase, una sola, encendida y abrasadora. Los bigotes habían sonreído enseñando dos filas de dientes blancos y menudos como los de un cachorro de tigre, y luego se habían desvanecido entre la humareda de un cigarro habano, de esos que gastan corbata como los criados de las fondas.

El propietario de los bigotes era un joven rico y elegante, concurrente al tiro de pichón *sportman clubman*, etc., etc. Había ido reuniendo todas las aficiones exóticas, y como contraste de nacionalidad les oponía otra

pasión española: era garrochista. Estaba casado y tenía querida; llamaba á su querida *su señora*, y á su señora *aquella*. Ocupábase poco de su hacienda, menos de sus hijos, dos *bebés* rubios y cloróticos que ya padecían bajo el poder de una institutriz inglesa, que no pudiendo por su edad enseñarles otra cosa, les enseñaba los dientes á través de un fruncimiento labial que le daba el aspecto de una caríatide roja.

Aún cuando el título de este caballero es ilustre y pronuciándole cerca de un libro de Historia de España siéntese allá dentro del marmómetro el ruido que hacen al despertarse cien generaciones de caudillos, adelantados, condes y capitanes, no hay para que llamarle sino como le llaman sus amigos y sus amigas, con el nombre que se ha hecho célebre en torno á los verdes tapetes y en las orgías de las tituladas *pecadoras*, que se las nombra así por antonomasia, no porque ellas monopolicen el pecado, sino porque lo capitalizan. Digo, pues, que se llamaba Gonzalo.

—¿Qué hace usted?—preguntaba Gonzalo á Sofía una noche á la puerta de la casa de la menestrala—¿Qué hace usted en ese oficio prosaico que consiste en hacer cuerdas para ahorcarse? Usted no puede seguir así mucho tiempo. Usted se cansará de trabajar y lo que yo quiero es que ese día se acuerde usted de mí.

Esto podía ser el primer capítulo de una novela por entregas, con su boardilla, su virtud de tejas arriba, su seductor rico y en que se dramatizara el idilio á favor de una resistencia tenaz de Sofía. Que si luego acertábamos á ponerle su poquito de narcótico y algo de infame atropello de la doncellez, habría quien se desmayara de gusto leyendo estas maravillas de la invención literaria... Pero tales empresas están reservadas para la pluma que un Cide Hamete de levita rota y tacones torcidos dejó colgada de la espetera. El hecho es que Sofía cedió pronto y Gonzalo se la llevó en un departamento del *sleeping-car*, no sabemos si á Francia ó á Bélgica, á un balneario famoso donde tomaban aguas los libertinos y las *demi-mondaines* y donde Gonzalo practicaba el aforismo consignado en la aletuya 33 de *El hombre malo*, que dice así: «Juega y pierde.»

Sofía se había acordado de Gonzalo.

Sofía empezó á ser *la Sofía*.

Había ascendido en categoría social los mismos grados que había descendido en categoría moral. Conservaba el horror á los agremanes y soñaba que estaba torciendo hebras de seda y empalmándolas con los bigotes de Gonzalo. Tenía ya una *charrete*, un perro peludo y feo, goloso

como un niño, cuenta con un modisto y un gusto particular por las medias de seda color bronce.

Presto adquirió la reputación de hermosa en aquella piscina pública donde mil bañistas elegantes iban á remojar sus pecados durante el mes de Agosto. Era aquello un lujoso balneario, presidido y explotado por un fondista francés, que había contado para entretener á tan amable parroquia con un cocinero hábil y con la sala que en nuestros casinos de provincia se llama aún *la sala del crimen*.

Un día en que la *Kermesse* ardía en regocijo y animación, entre los muchos elegantes que rodeaban á Sofía, se destacaba un lúgubre personaje, vestido de negro, con corbata blanca, y sobre cuya nariz larguísima de color de cera, se sostenían unos lentes de oro. Sus mejillas, rasuradas con esmero, le daban un aspecto clerical. No era, sin embargo, sacerdote; era médico, un especialista en las dolencias pulmonares.

El doctor Brohm recorría el mundo asistiendo á todos los tísicos ilustres, á todos los Reyes que se morían de pobreza de aire, á todos los Reyes y Príncipes reinantes que no podían inyectar el oro de su lista civil y el hierro de sus soldados en el anémico caudal de sus venas.

El doctor Brohm asistía sonriente al triunfo de la Sofía, y acercándose á ella, le dijo:

—¿Usted está enferma?

—No, señor.

Sin embargo, hay dos chapetas rojas en las mejillas...

—El calor de las luces... el *champagne* que he bebido...

—¿Usted sabe quién soy yo?

—Sí; la providencia de los tísicos.

—Bueno: pues si algún día esas chapetas rojas aumentan, y siente usted dolores en el pecho... *acuérdese usted de mí*.

Sofía tuvo buena memoria el mismo día en que empezó á tener mala salud. Fué á Bayona donde el doctor Brohm vivía en un hotel rodeado de césped, con enormes bolas de metal blanco desperdigadas entre lo verde y con perros y ciervos de mármol distribuidos por ariates y paseos.

El médico le dispuso un tratamiento heroico: Panticosa, o'vidar á Gonzalo, costumbres castas.

Y Sofía no tuvo valor para volver á la castidad que era la pobreza. Cuando regresaba á Madrid el tren expreso que la conducía se cruzó con un tren de recreo que iba á San Sebastián lleno de gente pobre. Allí iban

á divertirse durante una semana en estrechos hospedajes, con humildes banquetes, con bolsa escueta las compañeras de Sofía, las que trabajan en talleres y fábricas, las esposas de menestrales y empleados modestos... La Sofía vió pasar aquel tren de recreo y entre las canciones que salían de las ventanillas de los vagones creyó escuchar frases de burla y sarcasmo. «Eres menos feliz y menos honrada que nosotras. No tienes hijos, no tienes marido. Estás sola... sola... sola.»

Fué á Panticosa dos años, el primero con esplendoreso boato, el segundo modestísimamente suponiéndose viuda de un capitán fallecido en Mindanao.

Gonzalo se había cansado de oír toser y necesitaba otra hermosura fresca que acabara de ayudarle á derrochar los restos de la fortuna conyugal, dejando á los dos *bebés* cloróticos sin más bienes que las rubias crenchas que jugueteaban sobre sus frentes.

Vivía la Sofía de sus alhajas y no han sido nunca los diamantes ganados por la hermosura fundamento de fortuna ni génesis de capitales. Caían juntamente su posición social y su salud.

Enferma y pobre, tísica y vieja, soledad con arrugas, tos que retumbaba en la vaciedad de una alcoba donde nadie la acompañaba.... Así fueron pasando los días... Un año ¡horrible decadencia de aquel astro! fué á los baños de Panticosa mediante los auxilios de una Asociación de señoras benéficas... Y cuando el capellán de aquellas damas le entregaba la limosna le dijo á Sofía:

—Cuando quiera usted acojerse á un Asilo donde pueda morir cristianamente, *acuérdese usted de mí*.

Seis meses más tarde la Sofía sintió un deseo inmenso de muerte y olvido. *Se acordó* de aquel buen sacerdote acudió á él y desde entonces ocupó un lecho munerado en el Hospital de las Extraviadas...

Moría aquella noche y cerca de la cama de la moribunda, estaba una vieja casi calva, desdentada, rugosa y temblona. Su mismo traje la delataba como mendiga; un pañuelo de hierbas, sucio y roto cobijaba su cabeza que se movía en el cuello con senil convulsión.

—Hija, Sofía—exclamó la vieja—¿En qué has pensado para llegar á este extremo?

Y Sofía casi exánime repuso:

—No he pensado: he vivido. Hasta ahora no me he dado cuenta de lo que es pensar. Voluntad para querer á cualquiera, entendimiento para distinguir lo agradable de lo desagradable: en esto empleé mi alma toda.

—¿Y tu memoria en que la ocupaste?

—En recordar á un hombre muy guapo que me dijo: *si quieres gozar acuérdate de mí*; en recordar á un sabio que me dijo: *si quieres salvar tu vida acuérdate de mí*; y en recordar á un cura que me dijo: *si quieres salvar tu alma, acuérdate de mí*.

—¿Y de mí, de tu madre, de tu madre á quien has hecho pasar un martirio, no te has acordado nunca?

—¡Es verdad!—dijo con ingenuidad y sorpresa la Soffa—¡No he tenido tiempo..!

J. ORTEGA MUNILLA.

EDUARDO MUÑOZ

Hoy tenemos el gusto de publicar en nuestro semanario el retrato de uno de los periodistas más notables.

Eduardo Muñoz, actualmente redactor de *El Imparcial*, es, al propio tiempo que un periodista consumado, un literato muy distinguido.

Las crónicas de la guerra de Melilla, las que escribió con motivo de la Embajada á Marrakech, y ahora las revistas de ópera que publica periódicamente, forman la apreciable labor de Eduardo Muñoz.

El ALBUM honra hoy sus columnas con la fotografía del excelente escritor y distinguido periodista.



EDUARDO MUÑOZ



ESTIVAL

Los cafés de verano
están llenos de míseros mortales
que van buscando, en vano,
remedio á los calores estivales.

Allí se sirve el colosal sorbete,
la empalagosa leche amerengada
provista de su artístico copete,
y el sífon de la fresca limonada.

Y se sirve también el café helado,
á los demás refrescos preterido,
porque su precio es menos elevado
y por la paja con que va servido,
pues está demostrado
que tomarlo con paja es divertido.

Y, á poco que esforcéis vuestra memoria,
los que vais por costumbre á estos lugares,
conoceréis al héroe de mi historia
porque como él hay cientos de millares.

Le habreis visto mil veces, de seguro,
al tomar por asalto una ventana
á fin de respirar el aire puro
y entregaros, quizá de mala gana,
á pensar vuestra vida en lo futuro.
Le habreis visto mil veces, lo repito.

Siempre retrocedió la fantasía,
próxima ya á perderse en lo infinito,

ante una voz de niño que os decía:

—¡Deme usted la pajita, señorito!

Y al mirar al pequeño,
de andar resuelto, audaz y vivaracho,
veriais en su rostro, antes risueño,
su ambición, ¡la primera del muchacho!

—¿Porqué no le he de dar ese capricho,
un capricho inocente,

¡si es feliz con tampoco?—os habreis dicho...

Y corre el chico á la vecina fuente
en unión de otros niños que, envidiosos,
¡admiran que haya seres tan dichosos!..

—¡Mirad como refresco!—está diciendo
y loco de alegría, el cuerpo inclina,
y va la paja aquella introduciendo
en el caño del agua cristalina.

—¡Qué feliz es!—pensais—¡Se cree rico!
¡Gracias á mí es dichoso el pobre chico!
¡Quién lo sabe?.. Feliz ó desgraciado,
que el muchacho de rostro picarresco,
antes, sólo la paja ha deseado,
pero ahora quiere más ¡quiere el refresco!

Tuvo aquella ambición clara y concreta
al lograr el objeto que encapricha,
y quiere más... ¡Su dicha es incompleta
y la dicha incompleta no es la dicha!

Así es el hombre: víctima del vicio,
de su ambición primera se aprovecha,
¡y ay del que siempre á la ocasión propicio
su primera ambición ve satisfechal

Que es ley fatal ambicionarlo todo,
los medios oponer para alcanzarlo,
y, cuando de obtenerlo se halla modo,
desear otra cosa... aquello odiarlo.

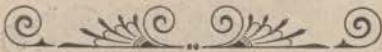


El niño se hará hombre... será rico...


Si va al café en que un día
radiante de ventura y alegría
vió satisfecha su ambición de chico;
si ocupa el velador de la ventana,

y soñando grandezas,
y honores, y placeres y riquezas,
discurre, sin cesar, en el mañana;
nunca habrá de faltar algún niñito
que le vuelva á la prosa de la vida
diciéndole con cara compungida:
«¡Deme usted la pajita, señorito!..»

PEDRO SABAU.




EL NOMBRE DE GUERRA



I
Cuando era niña, al mirar
su figura seductora,
todos querían besar
su carita encantadora.

Al aire el rico tesoro
de su pelo, parecía
como una cascada de oro
que por su espalda caía...

Y decían con amor
que era la niña un primor,
un angelito del cielo,
y un modelo...
un modelo de candor...

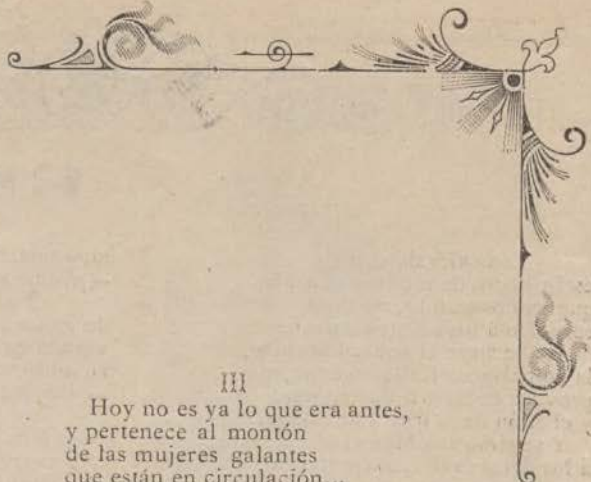


II
Creció y, apenas mujer,
llena de amor y alegría,
ya de taller en taller
ganó el pan de cada día...

Los artistas la buscaban
el arte la encontró pura;
cien lienzos atestiguaban
su soberana hermosura.

Todos viendo aquel primor,
y aquella cara de cielo,
decían locos de amor:

—¡Es modelo!..
¡Es modelo... de pintor!



III
Hoy no es ya lo que era antes,
y pertenece al montón
de las mujeres galantes
que están en circulación...

Despluma al rico y al necio,
triunfa y gasta sin cuidado,
y se cotiza, á buen precio
en la Bolsa del Pecado...

Y en vano preguntarás
su nombre, porque verás
que cubre su vida un velo,
y, cuando ella pase, oirás:

—¡La modelo!..
.....
.....

¡La modelo!.. ¡Nada más!

Jose Juan CADENAS

El sagrado del hogar

Respetable derecho es el de la inviolabilidad del domicilio. Si no fuera por esa conquista del progreso, aunque no de los progresistas, viviríamos los ciudadanos sujetos al capricho autoritario del último representante gubernamental.

Gracias á la inviolabilidad del domicilio puede un habitante, perseguido por los ingleses, defenderse y vivir tranquilo mientras no salga de su casa.

Con la puerta cerrada ¡qué entren moscas á pedir ni á molestar al inquilino de la casa!

—¿Llaman? ¿Quién será?

—No vendrán á traer dinero.

Esta es la respuesta que primeramente ocurre al jefe de familia y mucho más si es temeroso de la Gran Bretaña.

—Di que estamos comiendo—apunta la señora á la criada.

—No, digas eso—replica el esposo—que pudieran ser el administrador ó el portero y no conviene que sepan que comemos.

El individuo que llama espera impaciente que lo respondan.

En algunas casas la criada ó el criado entreatren el ventanillo y preguntan.

—¿Qué se le ofrecía á usted?

—Dirá usted «que se me ofrece». ¿Está en casa D. Fulano?

—¿Quién es usted?

—Pues soy el cobrador del Círculo...

—¡Ah! Sí, sí señor.

—¿Está?

—No señor; salió esta mañana y no ha vuelto.

—¿A qué hora almuerza?

—No tiene almuerzo fijo; digo, no tiene hora fija.

—He venido ya diez veces y...

—¿Qué quiere usted que yo le haga?

El cobrador se despide refunfuñando y no bendiciones.

—¿Quién era?—pregunta la señora.

—El cobrador del Círculo... He dicho que no está el señorito.

—Bien hecho.

En otras casas adoptan los inquilinos más precauciones.

El que llama sufre una revista completa de todos los individuos de la familia que habitan en la casa.

Llama.

Transcurren algunos segundos en silencio.

Luego oye el ruido de pisadas misteriosas que parecen del gato de la casa por lo poco perceptibles.

Cesa el ruido por un momento y vuelve enseguida; las pisadas indican que se aleja el gato observador.

Si el que llama es impaciente vuelve á tocar el timbre.

Y vuelve á oír ruido de pasos mayores.

Pero nadie habla, nadie pregunta.

Después de repetirse estos paseos interiores, una vez contesta al tercer campanillazo.

—¿Quién anda ahí?

—Servidor—responde el que llama.

—¿Quién es usted?—tornan á preguntar desde dentro.

—¿Vive aquí el señor de...?

—No vive.

—¿No es este piso primero?

—Pregunte usted en la portería.

—Es ese tío tan *pelma* que viene á verte algunas veces—dice la señora á su marido.

—Aquel tan feo y tan tronado—añade la criada, que es una mula manchega con enaguas.

—¡Ah sí! Dí que no estamos en Madrid.

—Ya se lo he dicho.

Vuelven á llamar.

Es el aguador del reino.



Pero sufre idéntico exa nen hasta que una voz anuncia al personaje gritando:

—¡El aguador!

La puerta se abre y el aguador penetra, si es primerizo un tanto temeroso; sí conoce la casa entra confiado.

En ocasiones se oye decir desde las afueras:

—Dí que nos hemos mudado.

—O que el señorito está de caza y que no sabes cuándo volverá, ó si no volverá.

—No, mujer; no gastes esas bromas.

El señor no está,—dice la criada,—y la señora está de caza y los niños en casa del abuela; estoy yo sola.

Por bajo de la puerta se ven claramente cuatro pies.

—Pues hija andaré Vd. á gatas, porque juraría que veo cuatro remos por bajo de la puerta.

—No ando á gatas ni á gatos, ni á Vd. le importa que tenga dos pies ó que use cuatro. ¡Vaya, el demonio del tío grosero!

Cierra el ventanillo.

Hay en Madrid sinnúmero de personas, que «nunca están en casa.»

—Portera, ¿no vive en el segundo D. Fulano de Tal?

—Sí, señor.

He llamado cinco ó seis veces y he oído carcajadas dentro, pero nadie contesta.

—Eso no es extraño; si fueran á recibir á todas las personas que vienen á molestarles...

—Muchas gracias.

—No estamos para nadie ¿oyes?—encargaba á la criada un caballero recién casado.

—Para nadie más que para el carbonero y demás gente de servicio interior,—añadió la esposa.

—Está bien señorita.

Media hora después y cuando los cónyuges jugaban «de sobre-mesa» entró la criada seguida por un caballero, más que moreno, verdinegro.

—¡Ah!—exclamaron los recién casados recobrando instantáneamente la formalidad.

—¡No te he dicho?

—¿Sí, señorita,—respondió la criada,—pero yo creí que este nombre era el carbonero.

EDUARDO DE PALACIO.

Nuestros grabados

Don Antonio Maura.—Los recientes debates del Congreso han puesto de actualidad á este eminente orador cuyo retrato nos complacemos en publicar.

La bella Martínez.—En el «Salón de Actualidades» es cada día más aplaudida esta simpática bailarina.

Emilia García.—Es una verdadera

eminencia en el género andaluz; en Francia, donde ha estado recientemente ha obtenido grandes triunfos. En la actualidad forma uno de los números más salientes del «Salón Rouge» de esta corte.

María Galán.—Como la anterior es una notabilidad en el género que cultiva.

Miss D'Alençon.—Una de las más graciosas *divettes* que en la actualidad subyugan al público de París.

ADVERTENCIA

Para poder facilitar á nuestros lectores los detalles más salientes de las próximas fiestas de Valencia, ha salido para dicho sitio nuestro amigo el popular fotógrafo Sr. Amador con objeto de enviarnos fotografías de los festejos que han de celebrarse en aquella capital.

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID
VILLANUEVA, 17